

un coronel director, un comandante subdirector, algunos oficiales y un destacamento de tropa de la expresada arma. En el edificio que es hoy propio de la citada doña Dolores, estaban establecidas las oficinas cuyo personal era mixto de empleados de Hacienda y militares, había cajero, contador, guarda de almacén y otros empleados subalternos y para los trabajos de la elaboración y refinación del salitre había maestros y un contingente de 50 braceros poco más o menos que estaban ocupados durante todo el año.

Los llamados Sitios o sea, los terrenos que tenía el Estado destinados a extraer el Salitre, comprendían desde el mismo Arco de la Plaza hasta la Serna, prolongándose desde este punto por la derecha hasta la calle de Toledo y por la izquierda hasta la del Salitre.

Todos los detalles de don Enrique coinciden con lo que intuitivamente se ha venido diciendo en el curso de esta obra.

Pero sigue don Enrique diciendo que como el terreno de esta población es tan salitroso, la mayor parte del vecindario se dedicaba en los descubiertos de sus casas a extraer salitre por medio de las coladeras, siendo esto un gran recurso, porque lo vendían en la fábrica a precios que oscilaban de 10 a 15 pesetas arroba.

La mayor parte de los jornaleros se dedicaban a traer leña del monte para calentar las calderas que había en la Fábrica para el refino, que por cierto necesitaba mucho combustible y otros vecinos que eran carruajeros, al transporte de Salitre a Ruidera, que era donde estaba establecida la fábrica de Pólvora, cuya principal materia para elaborarla era el salitre.

Para dar una idea de la importancia de esta industria, bastará decir que el presupuesto de la fábrica para compra de salitres era por término medio de ocho a diez mil pesetas al mes, que recaían en los vecinos industriales de dicho artículo y además los sueldos de todo el personal que importaban también una cantidad de consideración, que como es natural también se gastaba aquí.

Esta industria sucumbió a consecuencia de haberse descubierto en el extranjero unos terrenos totalmente salitrosos que traían los barcos como lastre, vendiéndose a tan bajo precio que los aquí elaborados no podían competir con la baratura de aquéllos y a consecuencia de este descubrimiento el Estado tuvo que cerrar la Fábrica, dejando de hacer trabajos el año 1858.

Desde este año hubo un administrador o encargado de los edificios afectos a la Fábrica y terrenos y a los 3 ó 4 años sólo se quedó un guarda hasta que en el año 1883 se vendió por el Estado todo el material de calderas y demás utensilios de bastante valor que había en la Fábrica y además vendió también en subasta pública todos los edificios y terrenos que compraron varios vecinos de esta localidad.

Como edificios eclesiásticos desaparecidos cita don Enrique, la Iglesia y Convento de Monjas de San José, situado en el ángulo que forman la Plazuela y la calle de San José. El convento era bastante espacioso, con patio, claustros y crujías para celdas, ocupando la manzana de casas nuevas que se han hecho a la terminación de la calle de San Juan. Del